

En el mes del recuerdo, cuando la jacaranda florece, la primavera extiende su manto alfombrando al verano en su entrada.

En el tablero, la reina deambula sola extrañando sin medida todas las piezas del juego, la arrogancia del alfil, el servil peón, el altivo caballero en su caballo y las torres de los muros haciendo sombra irreverente a la luna llena. Con el cielo como testigo, el rey no pregunta si es momento de extrañarla a ella; el rumor del agua en la fuente cercana le responde que la abraza en un sueño. En la oscuridad de la noche él se despierta adivinando anhelos.

Escondido tras Sierra Morena, el sol alardea de su embrujo y en medio de tanta belleza una guitarra canta coplas de amor valiente con su *quejío* flamenco. En el cortijo, Ismael Alba Mendoza atento a sus pensamientos intenta ordenar todas las piezas en el tablero; una nueva partida dará comienzo. Juegan blancas.

En la Córdoba sultana el sonido de la guitarra cesa y una vez más comienza; la voz rota el cantaor deja escapar sentimiento dando entrada a la bailaora y su taconeo, ella responde en cada movimiento. Una canción siempre será un buen lugar para guardar sentimientos. En un mar dulce de leche y miel, canela y cielo, todas las letras se unen en un solo eco capaz de merecer la flor del naranjo lanzando aromas inquietos.

Él canta, no hay lugar para el remordimiento y le dice “te quiero”. La vida se une al deseo, detiene el tiempo y permite que la recompensa de la espera entre en su misma senda, poco a poco, casi sin darse cuenta. La música suena en la noche en un inicio de compases tranquilos y con firmeza. Necesita sentir esa deliciosa danza, esa incandescencia que entra sin previo aviso en ella y la adorable fragilidad del sol incendiando el cielo con su belleza; imprimiendo palabras que hacen desear un capítulo nuevo, palabras que llenan vacíos, que nutren el alma que borran ausencias...